

LA CRISIS CULTURAL

1. SINOPSIS

La situación crítica en que se encuentra el mundo, se refleja de antemano en las ciencias históricas: habiendo sufrido ellas mismas una revolución en sus fundamentos, a saber en el concepto básico de la evolución.

Por este concepto se expresa en qué forma un estado dado proviene de los estados pasados, y se transforma en nueva situación. Antes de decirlo de una manera más abstracta, vamos a caracterizar el esquema histórico-económico que era usual en el siglo XIX y lo vamos a comparar con el que se nos presenta hoy en día.

En el siglo XIX se habían formado las así llamadas teorías de los grados económicos, desarrolladas por los historiadores de la economía como Schmoller, Bucher y Sombart. Schmoller, por ejemplo, veía el progreso siguiente:

Economía	aldeana
„	ciudadana
„	territorial
„	nacional
„	mundial

Esa embriaguez de progreso que parecía conducir al cielo como la escala de Jacob, tal progreso infinito de la evolución humana era el ensueño de nuestros padres, abuelos y bisabuelos, era una abstracción amena, expresión de un optimismo metafísico porque creían en el mejoramiento continuo y sin término de la vida social.

En contradicción a tal concepción hoy en día hemos abandonado la creencia en el progreso continuo. Se ha formado en su lugar una teoría cíclica de la evolución económica y ha producido, por ejemplo, el esquema siguiente:

Renacimiento Carolingio	(700 - 1100)	Socialismo
Románico	(900 - 1300)	Feudalismo
Gótico	(1200 - 1550)	Capitalismo
Renacimiento clásico	(1450 - 1650)	Socialismo
Barroco	(1550 - 1800)	Feudalismo
Neogótico	(1750 - 1950)	Capitalismo
Neorenacimiento	(1900 - ?)	Socialismo

Según este esquema los períodos distintos se engranan. Esto resulta del hecho que el esquema toma en cuenta que toda evolución se realiza en procesos que no son absolutamente simultáneos, sino que tienen distintas cesuras en los distintos países y los distintos ambientes culturales.

Además hay que anotar que llegamos al concepto de sucesión cíclica de los períodos culturales económicos solamente por una abstracción bastante elevada: Comprendemos bajo socialismo todo sistema económico en que el factor estado, representado por el funcionamiento público, y el factor social, es decir, la consideración de los intereses de los obreros, están acentuados, bajo el capitalismo comprendemos la fase en que el burgues y el comerciante, bajo feudalismo la fase en que la aristocracia y los intereses agrícolas gocen de privilegios.

Estas abstracciones comprenden cada una formas muy variadas. En efecto, se trata de categorías empleadas por Carlos Marx para dar un bosquejo grandioso de los actos y escenas históricas de la economía, que hace desfilar ante nosotros con sencillez dramática.

II. LAS FASES HISTORICO-ECONOMICAS

Empieza con la economía doméstica de la antigüedad avanzada, de la que surge la economía feudal de la Edad Media. El latifundio convierte según él a los campesinos en colonos y siervos; conjuntamente se organizan en las urbes los gremios, basados en el libre ejercicio profesional. A este período sigue la economía feudal que se encuentra en un estado decadente: los campesinos, despojados de sus tierras por los hacendados, y los artesanos urbanos, disueltos los gremios, descienden a proletarios, meros vendedores de su mano de obra. Surge luego el capitalismo moderno con su explotación de las masas obreras y una civilización técnica, incapaz de conseguir, a pesar de su grandes adelantos, otra cosa que el empobrecimiento progresivo de las masas. Este último período —según Marx— está por terminarse y no conducirá al ocaso de la cultura, sino al comienzo de una nueva y feliz era de la humanidad, basada en principio socialista.

Las recientes investigaciones histórico evolutivas rechazan esta última aseveración en un doble sentido: por un lado no puede aceptar el apoteosis, que maliciosamente podría llamarse "happy end histórico" y del otro lado se opone a la engañosa perspectiva de su periodización.

Al ver coronado el titánico edificio de la ideología de Marx por la dorada

cúpula de una feliz humanidad socialista, saltan en su obra: a nuestra memoria las sabias palabras de Jakob Burckhardt vertidas en su obra: "Fragmento Histórico, 1869": La habitual doctrina de lo deseable se encapricha en exigir el triunfo inmediato y pleno; es incapaz de admitir la complejidad; cuántos eclesiásticos de diferentes confesiones existen, filósofos populares, dinastías y políticas radicales demandan imperiosamente lo UNO y por entero y de inmediato, por más que el mundo se torne lánguido y descolorido y los afectados, de puro aburridos, vayan aniquilándose o bien opten por producir nuevas controversias, porque la satisfacción eterna resulta ilusoria cuando se ha logrado un triunfo cualquiera, ya que el hombre carece del órgano respectivo". Aún tomando en cuenta que Karl Marx transige en los conceptos de felicidad reinantes en "Biedermeier" (romanticismo burgués) —él había nacido en 1818— cuando promete un dichoso porvenir al proletariado, tal como sólo en sueños e imaginación puede vivirse, fué indudablemente él, entre todos los economistas de su tiempo e incluso de todos los contemporáneos, quien, con mayor clarividencia, vislumbró sus profundas conexiones históricas. La más aguda visión cultural aceptará la sucesión de fases señalada por Marx, aún cuando su periodización necesite corregirse.

Basándose en las categorías históricas del arte y las modificaciones homogéneas del estilo, podemos distinguir los siguientes períodos históricos en la economía:

Durante el período del **Renacimiento Carolingio**, entre los años 700 hasta 1000 aproximadamente, prevalece la economía campesino-rural y los señoríos territoriales, por lo general de organización autoeconómica. Por el año 800, Carlomagno implanta una especie de economía pública. El predio real, las tierras y dominios reales, denominados posteriormente "Reischgut" (posiciones del Reich), formaban el núcleo de ese sistema económico. Estaba dividido en cortijos dirigidos por cortijeros e integrado por propiedades campesinas de servidumbre o de censo. Los productos de los campesinos se llevaban al cortijo para ser elaborados por los artesanos conjuntamente con los propios. Además de estas posesiones reales, había cortijos que el rey daba en censo o propiedad a sus vasallos, a altos funcionarios, o bien a la iglesia, a obispos o conventos. Por último, existían todavía, desde muy antiguo, las posesiones ya más pequeñas de la nobleza y de los libres. Sin embargo, fué siempre la agricultura campesina el sostén de la producción, dentro del marco de la constitución de cortijos. Era una especie natural de economía pública, es decir basada en el intercambio de productos naturales; el carácter estatal es confirmado por el hecho de que las posiciones reales estuvieran controladas continuamente por empleados del rey (missifiscalini) que se llevaban viajando de un lugar a otro. Del estado burocrático francogalo se formó el estado feudal medioeval; porque el rey, para mantener sus ejércitos de caballería, no sólo daba en feudo empleos y tierras relativas al cargo, sino también los bienes de la Corona, lo que implica una

descentralización de todos los recursos estatales. De esta manera, el predio real fué disgregándose al ser entregado en feudo a los caballeros, atareados guerreros, quienes los traspasan a los campesinos para su labranza, a cambio de víveres y más tarde de tributos monetarios, transformándolos en vasallos y siervos.

En aquella misma época se fundan las primeras ciudades de Alemania, bajo el reinado de Enrique I (919-936). Estas mayores poblaciones originan un cambio en la economía urbana, pues se produce el intercambio de los productos de la artesanía urbana con los de la agricultura e inmediatos a las ciudades. Estas favorecen poco a poco el comercio interurbano y exterior.

Aproximadamente entre 1250 hasta 1500, en el **período gótico**, se inicia el verdadero florecimiento de la economía urbana. Las primeras grandes fortunas comerciales se forman a raíz de las cruzadas y el consecuente comercio en condimentos y demás productos oriundos de Arabia y de la India. Las comunicaciones con Grecia y el Oriente contribuyen a dar mayor auge a los puertos italianos de Venecia, Génova y Pisa. Este bienestar llega a las ciudades alemanas, al encargarse éstas de transportar los productos de Oriente hacia el Centro y Norte de Europa. Este comercio a mayor distancia origina un régimen bancario. Las operaciones a crédito ponen aún a príncipes y reyes bajo la dependencia de los grandes negociantes, como los Fugger en Augsburgo; nace la industria; Milán adquiere fama por sus fábricas de armamentos; Venecia, por sus artículos de orfebrería y vidrio; Bolonia, por sus sederías, y varias ciudades alemanas, por sus paños y tejidos de lino.

La artesanía va agrupándose en oficios, gremios y gildas, y alcanza, en muchas partes, igual influencia y poder que el patriarcado. Conjuntamente con este desarrollo económico y social surgen las aspiraciones políticas de las urbes. En el año 1241, Hamburgo y Lübeck se unen en la primera Hansa, a la que hasta 1300 se adhieren 60 ciudades más, entre estas Colonia, Amsterdam, Bremen, Megdeburgo, Danzig y Riga. Además se fundan numerosas factorías en Londres, Brujas, Bergen y Novgorod. La Confederación de la Hansa contaba con grandes escuadras y ejércitos terrestres y su acción fué decisiva en todos los conflictos armados de los países del Norte. Fines análogos persiguió la Confederación del Rin (1247), integrada por Nuremberg, Regensburg, Augsburgo y Speyer, entre otras ciudades.

Desde 1450 hasta 1650, aproximadamente, en el periodo del **Renacimiento**, esta primera expansión capitalista del comercio mundial sufre un fuerte retroceso. El principado absolutista, formado por los vasallos, que ahora surgen, crea la economía territorial mercantilista. Paralelamente a este desplazamiento del poder del capitalismo burgués hacia el patriarcado autoritario —especie de estructura económica semisocialista— se nota otra evolución comercial debida a que el comercio exterior y el interior no marchan, temporalmente, al mismo compás, al extremo de atrasarse el primero con

respecto al segundo. Contrariamente a las antiguas teorías de etapas que, desde los tiempos carolingios, señalan un progreso ininterrumpido, también en cuanto al tráfico, va haciéndose menor el comercio exterior, a pesar del descubrimiento del Nuevo Mundo. La industria y el mercado interior, como asimismo la economía pública, revelan, por otra parte, un marcado desenvolvimiento.

En el período **Barroco** (1600 hasta 1750), al que debemos tantas obras sublimes en el terreno de la cultura espiritual —música, arquitectura, pintura, ciencias y técnica—, se producen intensos antagonismos en la economía y en el estado. Las altas capas sociales se adjudican privilegios cada vez mayores. La vida cortesana es tildada de parasitismo intolerable; las ordenanzas de la autoridad, de tutelaje odioso. Despierta la autoconciencia de la burguesía. En su calidad de “tercera casta” termina por sublevarse contra la nobleza y el clero. Despunta el día de la Revolución Francesa.

Pero ya por el año 1750, época **Neogótica** en el estilo cultural, los lazos entre la economía y el estado van aflojándose y se inicia una evolución capitalista de la economía mundial, en grande escala, hasta que en el siglo XX, a partir de las guerras mundiales, se contraponen a ella una tendencia enteramente nueva. Implica, de un lado, el avance de la economía pública frente a la privada, y por el otro, la represión en la expansión del comercio mundial, cuyo lugar ocupa ahora la formación de los grandes espacios económicos.

III. - CONCEPTOS NUEVOS DE LA EVOLUCION

Del resumen de lo dicho resulta que hemos aplicado dos fórmulas generales para caracterizar la evolución histórica:

1. — EL PROCESO DIALECTICO

La una es la idea del proceso dialéctico de Hegel. Se ha deducido del proceso lógico por el cual se forman los conceptos, que, según el filósofo Fichte, son el resultado del método siguiente: Percibir un objeto significa primero ponerlo como cosa real, lo que se expresa en: a es igual a. En seguida hay que distinguirlo y contraponerlo, lo que se expresa en la fórmula: a es no a. Finalmente hay que subordinar los objetos bajo un concepto superior. Ejemplo: Se percibe el oro, se distingue del cobre, plata y se concibe bajo el concepto metal. Así siguen realidad, negación y limitación.

La filosofía idealista cuando representada por Hegel consideraba la historia mundial como tal proceso que siempre conducía de una situación (tesis) a una reacción contraria (antítesis) encuentra una reconciliación (síntesis). En el caso de la historia económica Karl Marx pone la tesis “feudalismo”, contraponen la antítesis “capitalismo” y llega a la síntesis “socialismo”. La teoría moderna de la cultura acepta esta fórmula pero po-

ne o reemplaza la idea del progreso que culmina en la apoteosis de socialismo por la simple concepción del movimiento cíclico, en que no se da privilegio ninguno a cualquiera de las fases sucesivas.

2. — PROCESOS ASOCIATIVOS (EL ESTILO CULTURAL)

La segunda fórmula que es otro hilo rojo en nuestra teoría histórica se podría llamar la fuerza asociativa, o para decirlo de una manera física, la fuerza de inducción, que es fenómeno de la electricidad. Este concepto ha sido sumamente fértil. La filosofía e historia cultural, representadas por historiadores tan eminentes como Sorokin, han descubierto esta fórmula que también se puede llamar el fenómeno fundamental de la uniformidad cultural.

Como la primera de las ramas históricas, la historia de la arquitectura nos ha enseñado que en desarrollo cultural cada época se caracteriza por un estilo peculiar. Nos ha demostrado que al renacimiento carolino siguieron el románico y el gótico y a ellos, a su vez, el renacimiento clásico y el barroco. Los filósofos de la historia y los historiadores de la cultura han hecho suyas estas divisiones, comprobando, en forma cada vez más clara, que todas las manifestaciones culturales de una época estén sometidas a un mismo estilo. El Estado y la Iglesia, el arte y la ciencia, la economía y la técnica, e incluso los trajes y la sociabilidad de una época están caracterizadas, conforme estas constataciones, por rasgos similares. Por supuesto, podría decirse también, al revés, que la unidad de todas las manifestaciones de la vida de un período produce la sensación de estar sujetas ellas a un mismo estilo.

Así como el cielo nocturno nos envuelve a todos en oscuridad, o el ardor del sol del mediodía estival nos suministra calor y luz, o como el sonido de las campanas de las iglesias llena el paisaje y lo hace vibrar, así compenetra también aquello que intuimos como estilo cultural, la vida de una época, comprendiendo a todos los pueblos de una misma cultura, y quizás a toda la tierra.

¿Cómo se explica, ahora, que pueda haber una unidad cultural de esta naturaleza? Si entendemos por cultura la manera como el hombre actúa sobre la naturaleza y la sociedad, o sea, cómo da forma a su ambiente, la cultura significa la solución de innumerables y, al mismo tiempo, múltiples problemas. ¿De qué manera puede, ahora, a pesar de todo, resultar algo unitario en este inmenso enjambre de medios y fines? ¿Cómo es posible, en otras palabras, someter a una misma fórmula el estilo arquitectónico, el estilo de la lengua e incluso el estilo económico de un país? Por supuesto, ello sólo es posible, si esos estilos exteriorizan ideas unitarias superiores. En efecto, **el estilo es la forma de integración superior de un conjunto social o netamente espiritual.** Así queremos definirlo. De esta manera es posible colocar sobre un mismo plano los estilos que se presentan en las diferentes manifestaciones culturales. No es el estilo de la lengua la forma

característica correspondiente a la síntesis superior de palabras y oraciones? En efecto, es por eso que el estilo de la lengua sólo puede exteriorizarse al representar un pensamiento más o menos ordenado. Algo parecido vale del estilo arquitectónico. Los elementos de la construcción, como ser, piedras y cal, se unen en una muralla, pero sólo en las integraciones superiores, es decir, al formar arcos agudos, columnas, cúpulas, etc., llegan a constituir lo que llamamos gótico, renacimiento, etc. También el estilo político encuentra expresión decisiva en la constitución, que recibe su calificación de acuerdo con la forma de los poderes públicos, o sea, conforme al grado superior de integración de la organización, resultando la monarquía, la república, etc.

3. — FIGURAS DE INTEGRACION

A fin de conseguir un principio de división sencillo, aplicable a las diferentes posibilidades del estilo cultural, distinguimos tres figuras fundamentales de integración.

La forma más primitiva de integración, la síntesis más sencilla, la estructura más simple, la denominamos **monotectónica**. A medida que la estructura se vuelve más complicada y diferenciada, se transforma en **politectónica**. Cuando la síntesis llega a su grado máximo y la coordinación de los elementos a su mayor diferenciación, resulta la **sintectónica**.

La **monotectónica** expresa aquella unión de elementos, en que muchas unidades están sujetas a un mismo principio de subordinación. Esta síntesis se realiza por una persona, un principio, un interés, que están superordenados a las unidades, a igual distancia de cada una de ellas. Esta forma fundamental de organización se caracteriza por una subordinación uniforme y no jerárquica. Los soldados de un pelotón, los alumnos de una clase, las células de un tejido animal, los ladrillos de una muralla, constituyen una masa de tales elementos coordinados. En forma especialmente sugestiva, se personifica la monotectónica en una dictadura, que sólo conoce a un jefe omnipotente y a una masa popular que le obedece ciegamente.

La **sintectónica** como la suprema etapa de integración organizada, se manifiesta, en sus formas más expresivas, en lo referente a la arquitectura, en el gótico y, en lo institucional, en la estructura jerárquica de la Iglesia Católica. En ella cooperan estrechamente, fuerzas y elementos fuertemente jerarquizados y rígidamente unidos.

Bismarck había elegido la forma monotectónica para su resorte administrativo, subordinándose directamente los diferentes ministerios. Desde el punto de vista de la corona, existía, en cambio, sintectónica, pues estaban sometidos al emperador, simultáneamente, el estado mayor, como jefatura de las fuerzas armadas, con su orden de rangos, jerarquizados de una manera extraordinariamente sutil, y el canciller como jefe de la administración. En las partes medias de la organización estatal suele imponerse casi

siempre una ordenación sintectónica; en sus artes inferiores, en cambio, predomina la monotectónica. Por lo general encontramos casi siempre ambas formas de integración mezcladas de la más diversa manera. Esto se puede observar especialmente en el terreno militar. La sintectónica se manifiesta en la organización de un cuerpo de ejército en divisiones, comprendiendo aquél dos o tres de éstas, las que, a su vez, están divididas en igual número de brigadas, y éstas, en el mismo número de regimientos. La monotectónica se presenta, en cambio, en las formaciones inferiores, ya sea que el regimiento de caballería comprenda cinco escuadrones, o la compañía de infantería, un número mayor de pelotones.

La realidad que corresponde a nuestro principio de división ya se pone de manifiesto si lo comparamos con las figuras integradoras de la biología. Sólo a primera vista parece grotesco, si constatamos lo siguiente: la monotectónica se encuentra entre aquellos organismos animales que, como los gusanos, no son aniquilados al ser despedazados, sino cuyas partes pueden seguir viviendo después de su separación. Una etapa superior de integración, la encontramos entre aquellos organismos que, cual los lagartos, no toleran una separación semejante, pero que son capaces de regenerar la pérdida de un miembro. La forma suprema de integración, la sintectónica, corresponde a los mamíferos, cuyas partes forman una unidad tan compleja, que el conjunto es afectado gravemente por la pérdida de un solo miembro, sin ser capaz de regenerarlo.

También entre las instituciones sociales podemos observar que ellas son tanto más eficientes, pero también tanto más sensibles, cuanto más rica y múltiple sea su forma de integración. En el caso de una unión no jerarquizada, sencilla, en cambio, ellas son mucho más resistentes, pero también mucho más toscas, informes y primitivas.

IV. - DIAGNOSTICO CULTURAL

En su célebre libro sobre "El tema de nuestro tiempo", publicado en 1923, Ortega ya presentó a nuestra generación el diagnóstico cultural, con una claridad y profundidad como nadie antes de él. Con la ayuda de los conceptos cultural-tectónicos que hemos formado y la analogía de la ciencia de la coyuntura, estamos hoy día en situación de comprenderlo como una fase del desarrollo cultural y de fijar con mayor precisión su ubicación histórica y su probable duración. Esto rige, por supuesto, sólo bajo la condición de que nuestra interpretación sea exacta, la que considera a la crisis cultural como una transición de una sintectónica a una nueva monotectónica, que en un principio es catástrofe, derrumbamiento, decadencia, pero en su devenir posterior aporta innovaciones a la vida espiritual social y política de los pueblos.

Ostensiblemente, la crisis cultural se manifiesta, con bastante anticipación, en la esfera de la fe religiosa y en la música, es decir en aquellas

partes donde el alma del individuo está acostumbrado a vibrar con las almas de los demás participantes de la comunidad.

En la música monotectónica, el ritmo logra el predominio, destacándose en el estilo cultural claramente la parte volitiva. "En el principio fué el ritmo", dice Has vonn Bülow. Y también en el ciclo cultural, como quisiéramos deducir, se manifiesta primero este aspecto. En el renacimiento clásico (1400-1650), floreció la danza social y la música de baile. La música sagrada fué liberada por un Palestrina (1525-94) de la artificialidad de la época anterior. El término del período sintectónico, que había comenzado por 1800, se manifiesta después de la primera guerra mundial, cuando aparece el jazz en la música popular, el que casi es puro ritmo, volviendo a resucitar, en cuanto a las melodías, las tonalidades descriptivas de los primitivos. En la alta escuela musical, trata de imponerse el "dadaísmo" musical. La música atonal gana terreno. Creemos estar escuchando los primeros balbuceos de una nueva fase cultural, que acompaña, sin comprensión alguna, a la agonía de un gótico moribundo.

Las tendencias volitivas de la monotectónica se manifiestan aún más claramente en el desarrollo político y económico. Los césares y autócratas—así podría decirse metafóricamente— hicieron su entrada a los compases de la música de jazz. Bajo la dictadura que trata de abrirse camino también en países gobernados parlamentariamente, aunque en forma escondida, como ocurre en Estados Unidos, Inglaterra y Francia, los individuos se transforman en objetos de igual derecho o, lo que es casi lo mismo, sin derecho alguno, de una autoridad patriarcal y autocrática. Con esta "sincronización" se unen las tendencias socialistas de la economía, destinadas a aplanar cada vez más la pirámide de las rentas y consumos, que está diferenciada en grado máximo en el régimen capitalista.

De esta manera se fusionan elementos culturales muy heterogéneos, el escepticismo religioso y el ritmo maquinal, la autarquía política y el planeamiento económico, para producir al hombre moderno de masa, quien—una célula de simiente cultural— madurará en nuevas creaciones y formas. De esta manera se derrumban las integraciones sintectónicas, para ceder su lugar a una nueva monotectónica.

Todos estos son síntomas de una transvalorización cultural, de una crisis cultural.

Si preguntamos, sin embargo, en qué punto de esta fase nos encontramos actualmente, es difícil decir si estamos ubicados en los comienzos o en el centro de un período de esta naturaleza.

Es de esperar la objeción de que el renacimiento clásico no correspondió, al menos en un punto decisivo, al carácter cultural-tectónico de nuestra época. De acuerdo con Burckhardt, se le suele celebrar como un período en el que triunfó el individualismo. Si observamos, sin embargo, con mayor atención, veremos que Burckhardt tiene en cuenta principalmente la época del Dante, cuya Divina Comedia se le presenta como un documento que

comprueba una exuberancia de lo individual, una extraordinaria riqueza del alma humana. En realidad, Burckhardt caracteriza con ello la sintectónica del gótico, en los siglos XIII y XIV.

Más tarde, en el siglo XV, cuando la arquitectura pasó a emplear el estilo del renacimiento, el individuo tuvo que iniciar una lucha contra el conjunto colectivo. El emigrante constituía una figura permanente. No puede negarse que el individualismo —en aquel entonces como en nuestros días— creó las obras más maravillosas. Vivía entonces un Leonardo da Vinci, un Rafael, un Shakespeare. Al mismo tiempo, el renacimiento era un período de gobierno de fuerza, de tiranías, y representaba un terreno fecundo para que surgiera la teoría política de Macchiavelli, con su arte, carente de todo calor humano, de dominio del hombre y de las masas. La cercanía en que vivimos de nuestra propia época nos impide apreciar su nivel espiritual. No obstante, hoy día, como en aquel entonces, hemos ampliado extraordinariamente nuestro horizonte. El ambiente especial ha sido extendido de una manera revolucionaria en ambas épocas. En aquel tiempo se vió un mundo estelar, en el que la tierra ya no formaba un centro como hasta entonces. Constituye un parangón con ello, que las ciencias naturales de nuestro tiempo hayan diseñado una nueva imagen cósmica, que hayan investigado el mundo en sus más pequeños elementos, de una manera mucho más completa. Aquella época también se asemeja a la nuestra por los intempestivos progresos de la técnica, y, sobre todo, por el invento de medios de comunicaciones completamente nuevos. La imprenta, que surgió desde mediados del siglo XV y se extendió en el siglo XVI, dió gran resonancia a las aspiraciones de los hombres espiritualmente activos. En nuestros días, la prensa, la radio y el cine han producido un efecto aún más intenso. La mayor eficiencia de los medios de comunicaciones produce, por otra parte, en conjunto con las empresas militares y la ocupación pacífica de países lejanos, lo que comúnmente se considera como la característica principal de todo renacimiento: la adaptación de elementos culturales antiguos y extraños. Esto significa un acto de fecundación cultural, que a menudo se ha encontrado en los orígenes de nuevos desarrollos.

Tan grandes son las semejanzas de ambas épocas en el estilo cultural, en las formas de integración de la sociedad, del Estado y de la economía, tan pronunciadas son las paralelas en las manifestaciones de la crisis cultural, que sería grande la tentación de deducir de ellas pronósticos de muchos alcances, si no hubiera necesidad de tomar en cuenta al mismo tiempo las grandes diferencias que existen entre ambas fases estilísticas. La rapidez y la dimensión de ambas épocas pertenecen, sencillamente, a dos mundos diferentes. Cuando la reina Isabel llevaba la corona británica, el país tenía sólo 3 a 4 millones de habitantes. Colón realizó su viaje de descubrimiento sobre veleros diminutos. De la misma manera, hoy día medimos por kilómetros, lo que antes se medía por varas, y por años de luz, lo que se expresaba en millas.

En el curso de los últimos siglos, los conjuntos colectivos en que vivimos, sobre todo las ciudades y los Estados, han crecido extraordinariamente.

¿Qué significa esta transformación? Se ha dicho que significa que la cultura se ha transformado en civilización. En este antagonismo se esconde el conflicto eterno entre el aldeano y el ciudadano, entre el cultivo del campo y las profesiones civiles de la ciudad.

La cultura representa las fuerzas creadoras, la civilización sólo aprovecha la técnica, goza el confort, tiene alto nivel del consumo. En una palabra, se atribuye a la cultura la producción espiritual, a la civilización sólo el consumo de los productos del progreso. ¿Pero hay motivo para suponer que las fuerzas creadoras de la humanidad están debilitadas? Ciertamente es nomás que en todo el mundo, en la vida campesina y urbana, se está cambiando la relación del alma humana con la naturaleza y con los congéneres. ¿Se está cambiando la imagen de nuestra ser y en consecuencia de nuestra misma esencia? ¿Tienen por lo tanto razón los sociólogos, si piensan que tal transformación significa fin y término de la humanidad? Así siempre les pareció cada evolución a los hombres de ayer. A menudo los ancianos creen perdidos a los jóvenes.

Argentina pertenece a los países más jóvenes del mundo: no sólo por su corta historia sino también por muchos rasgos de su estructura demográfica y social. Argentina representa juventud prometedora que nosotros los viejos tanto amamos.